

- Doctrina social

cristiana

PATRIMONIO UC

(ensayo)

NI LIBERALISMO NI COMUNISMO.

(De la Pastoral del Episcopado
Nacional de 1° de Enero de
1947)

En presencia de los males que afligen a los individuos y a los pueblos, de la miseria que sufre la gran mayoría de los hombres, de la injusticia que se observa en la repartición de los bienes, de la inmensidad de seres que se ven imposibilitados para cumplir su misión de tales, numerosas doctrinas con las mas diversas denominaciones, separadas a veces unas de otras por sutiles matices, pretenden conquistar la adhesión de las multitudes mostrándoles en la práctica de sus postulados la solución de todos los problemas colectivos sin necesidad de someterse a la ley de sacrificios, de justicia y de amor del Evangelio de Cristo.

Esas equivocadas filosofías de salvación social y de reconstrucción económica, pueden clasificarse en dos grandes grupos; el liberalismo o individualismo económico por una parte y el socialismo marxista o comunista por la otra, inficionados ambos por errores monstruosos y totalmente incapaces de aportar los remedios que se requieren.

El liberalismo económico, nacido de la idea de la bondad natural del hombre corrompido por la sociedad - cuando en verdad lo fué por el pecado - considera que basta para obtener la armonía y el progreso social con dejar el libre juego de las leyes económicas que, por si solas, producirían el equilibrio y la prosperidad, que sería natural consecuencia de la espontánea iniciativa emuladora en el esfuerzo productivo, el cual no puede ser interferido por el Estado, encargado de manera exclusiva del resguardo de la tranquilidad material en lo interior y en lo externo. En este ideario, la propiedad tiene únicamente una función de beneficio para su titular, al capital se le reconoce influencia preponderante en el proceso creador de riquezas, y el trabajo, una mercancía como cualquiera otra, queda sometido, en cuanto a su remuneración y condiciones de su desempeño, a los dictados de la sabia e infalible ley de la demanda y de la oferta.

La realización fiel que ha conocido la historia de semejantes principios, constituye la demostración más convincente de todo el abismo de miseria y de injusticia que estaban llamados a engendrar, porque, si es cierto que han aportado el adelanto de la técnica material y el fabuloso enriquecimiento de unos pocos, han sido la causa lógica e ineludible del estado en que se abate la humanidad contemporánea, sumida en la pasión bélica, en el odio de clases, en la sed de placeres, en el egoísmo y en la injusticia. Semejante sistema es el predominio del fuerte por su posición, astucia o dinero y la destrucción del ~~franco~~ débil que, desprovisto de las armas de triunfo, queda condenado a la derrota y a la miseria, en esa lucha despiadada y cruel por la conquista y posesión de los bienes materiales.

Cuando los hombres se apartan de la orientación que señala la Cruz de Cristo oscilan de un extremo a otro en los senderos del extravío colectivo. Por eso no es raro que el campo desierto por el fracaso liberal haya sido ocupado por la no menos nefasta doctrina marxista.

El ser humano es también para el socialismo un simple individuo que debe entregarlo todo, incluso sus bienes más sagrados e íntimos, a la consecución del fin colectivo, que se lo reduce a una absorbente y tiránica empresa de enriquecimiento, al cual se subordinan objetivos infinitamente superiores y engendra el despotismo del Estado que, so pretexto de lograr la abundancia económica, no sólo se convierte en propietario de todos los bienes productivos, sino que quiere destruir la aspiración esencial del hombre de verse libre para buscar y satisfacer, por los medios que cada cual juzga más apropiados, no sólo sus necesidades materiales, sino que sus anhelos de perfeccionamiento intelectual y moral, la educación de sus hijos, la felicidad de su hogar, la preparación, en síntesis, de su fin ultra terreno.

Los absurdos y aberraciones del socialismo se hacen más perniciosos y graves en el comunismo que, extremando la lucha de clases y exacerbando el odio, gozándose de la injusticia, pretende, por medio de violentos o por hábiles e inescrupulosas tácticas de aprovechamiento de las facilidades y libertades que existen en las naciones democráticas, instaurar un sistema de esa índole por la dictadura del proletariado, del cual se ha proclamado líder un partido que es dependencia y servidor de los sueños imperialistas de una gran potencia. Envuelve el comunismo, además de los peligros de su filosofía materialista y atea, la destrucción de las nacionalidades y el sacrificio que a cada instante contemplamos de las justas reivindicaciones actuales de los débiles y desposeídos a los impetivos lejanos de la dominación mundial de una gran potencia conducida hábilmente por la arbitrariedad de un dictador de genio.

Liberalismo económico y socialismo son sustancialmente idénticos en cuanto ambos desconocen el fin esencial de la persona humana, que es perfeccionar sus facultades en esta vida terrena para lograr su felicidad sobrenatural, con la ayuda de los auxilios espirituales que distribuye la Iglesia por encargo de Jesucristo, y reducen la vida a una simple puja por el logro de todas las aspiraciones placenteras de las tendencias inferiores del ser racional.

Ni el socialismo ni el liberalismo están, por lo tanto, capacitados para dar decisión eficaz y cierta a los problemas social-económicos. El individualismo agotó sus potencialidades favorables y adversas y no puede reconquistar el favor de una humanidad que sufre justamente las consecuencias de sus dictados. Es cierto que el socialismo constituye todavía el espejismo de grandes sectores de la humanidad; pero día a día muchedumbres innumerables van comprendiendo que no está tampoco allí la salvación, sino que en los postulados, sociales de la Iglesia Católica, que son abrazados por momentos con más fé, porque Ella ha liberado en dos mil años millares y millones de hombres de sus propios egoismos concupiscentes, elevó a la mujer, dignificó el trabajo, abolió la esclavitud, santificó el matrimonio, y prometió dar todo por añadidura a quienes buscaran la Justicia y el Reino de Dios, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Alejandro Silva Bascuñán

Santiago, 21 de Enero de 1947